

A TRAVÉS DE LA ALHAMBRA

Desde el siglo xiv hasta nuestros días cada hora fué dejando su huella en la Alhambra. El soberbio conjunto que hoy contemplamos es obra casi tanto de los árabes granadinos como de los cristianos que les sucedieron. Cada generación dejó señal de su paso en los palacios musulmanes, en los jardines, en las torres y murallas, en el bosque y alamedas. Derribaron unas para construir de nuevo; dejaron muchas al tiempo cumplir su obra destructora; trataron de rehacer otras lo desaparecido. Y estas últimas, en su intento de violentar el fluir fatal del tiempo, fueron tal vez más perjudiciales para la conservación del espíritu del monumento que las que, impasibles, asistieron a la lenta obra de destrucción.

Ingenuamente pretenden algunos remontar el curso de los siglos y restablecer la Alhambra árabe, no sabemos si al estado en que se encontraba al tomar posesión de ella los Reyes Católicos, al de Mohamed V o al de Yusuf I. Sería una labor perjudicial y absurda. Con nosotros, como nosotros, los viejos monumentos van viviendo y la vida les va marcando con la señal de su paso, reflejándose en ellos las vicisitudes de incontables generaciones. Es mil veces preferible su muerte que un rejuvenecimiento absurdo que les prive, al mismo tiempo que de su espíritu, de su secular dignidad. «Viollet-le-Duc—ha escrito Anatole France—perseguía una idea verdaderamente inhumana cuando se proponía restablecer un castillo o una catedral en su plan primitivo que había sido modificado en el curso del tiempo o que, con gran frecuencia, no fué nunca seguido. El trabajo era cruel. Alcanzaba hasta a sacrificar obras venerables y encantadoras y a transformar, como en Nuestra Señora de París, la catedral viva en catedral abstracta. Una empresa semejante debe horrorizar a todo el que sienta con amor la naturaleza y la vida. Un monumento antiguo es, en muy contadas ocasiones, de un mismo estilo en todas sus partes. Ha vivido, y viviendo se ha transformado. Porque el cambio es la condición esencial de la vida. Cada edad lo ha ido marcando con su huella. Es un libro sobre el cual cada generación ha escrito una página. No hay que modificar ninguna de ellas. No son de la misma escritura porque no son de la misma mano. Es propio de una ciencia falsa y de un gusto malo querer reducir las a un mismo tipo. Son testimonios diversos, pero igualmente verídicos... Ingeniosos en destruir, los discípulos de Viollet-le-Duc no se contentan con derribar lo que no es de la época adoptada por ellos. Reemplazan

las viejas piedras patinadas por otras nuevas, sin razón, sin pretexto. Sustituyen copias modernas a los motivos originales, lo que no es digno de perdón; es un dolor ver perecer la piedra más humilde de un viejo monumento. Aunque haya sido un pobre obrero torpe y rudo el que la desbastó, esa piedra fué acabada por el más potente de los escultores: el tiempo. No tiene éste ni cincel, ni maceta: posee por herramientas la lluvia, la luz de la luna y el viento del Norte. Termina maravillosamente el trabajo de los técnicos. Lo que añade es indefinible y vale inmensamente. Didron, que amó las viejas piedras, escribió poco antes de su muerte, en el álbum de un amigo, este precepto sabio y desdénado: «En los monumentos antiguos es mejor consolidar que reparar, mejor reparar que restaurar, mejor restaurar que embellecer; en caso alguno se debe añadir o quitar.» Tal es el criterio acertado. Y si los arquitectos se limitasen a consolidar los viejos monumentos y no los rehiciesen, merecerían la gratitud de todos los espíritus respetuosos de los recuerdos del pasado y de los monumentos de la historia» (1).

LA RESTITUCIÓN DE LA ALHAMBRA MEDIEVAL

Monumento de tan pobre construcción y tal fragilidad como la Alhambra, ha sufrido gran cantidad de transformaciones desde los siglos XIII y XIV, en los que se levantó en gran parte. Se engañan los que en cualquiera de sus estancias tratan de evocar el ambiente en el que vivieron los monarcas nazaríes. De sus variaciones podemos formarnos idea por el aspecto que presentaba hace cien años. Las estampas y grabados de entonces nos muestran una Alhambra muy distinta de la actual. Si se conservan muchas decoraciones de escayola, algunos pavimentos y bastantes techos y bóvedas árabes, si las formas de varias estancias son las mismas de la edad media, han variado considerablemente los patios y los jardines, las cubiertas, los alrededores, la disposición exterior de los diversos locales, es decir, ha variado el ambiente que envuelve al monumento y que integró parte considerable de su espíritu.

Desde el siglo XV fueron sucediéndose una serie de Alhambras distintas: las más antiguas, la de los Austrias, la del siglo XVIII, las entrevemos muy imperfectamente. La de 1830, nos es conocida gracias a numerosos viajeros y artistas que dejaron descripciones y dibujos de ella. Luego, ya en la segunda mitad del siglo XIX existió la Alhambra de Contreras—el primer restaurador,—que algunos granadinos citan en oposición a la que deja Cendoya (1907-1923), encontrando entre las dos hondas diferencias.

El monumento nazarí ha ido viviendo y transformándose al correr del tiempo; cada año, cada hora fué dejando en él su huella. Hasta las mismas entrañas

(1) *Pierre Nozière.*

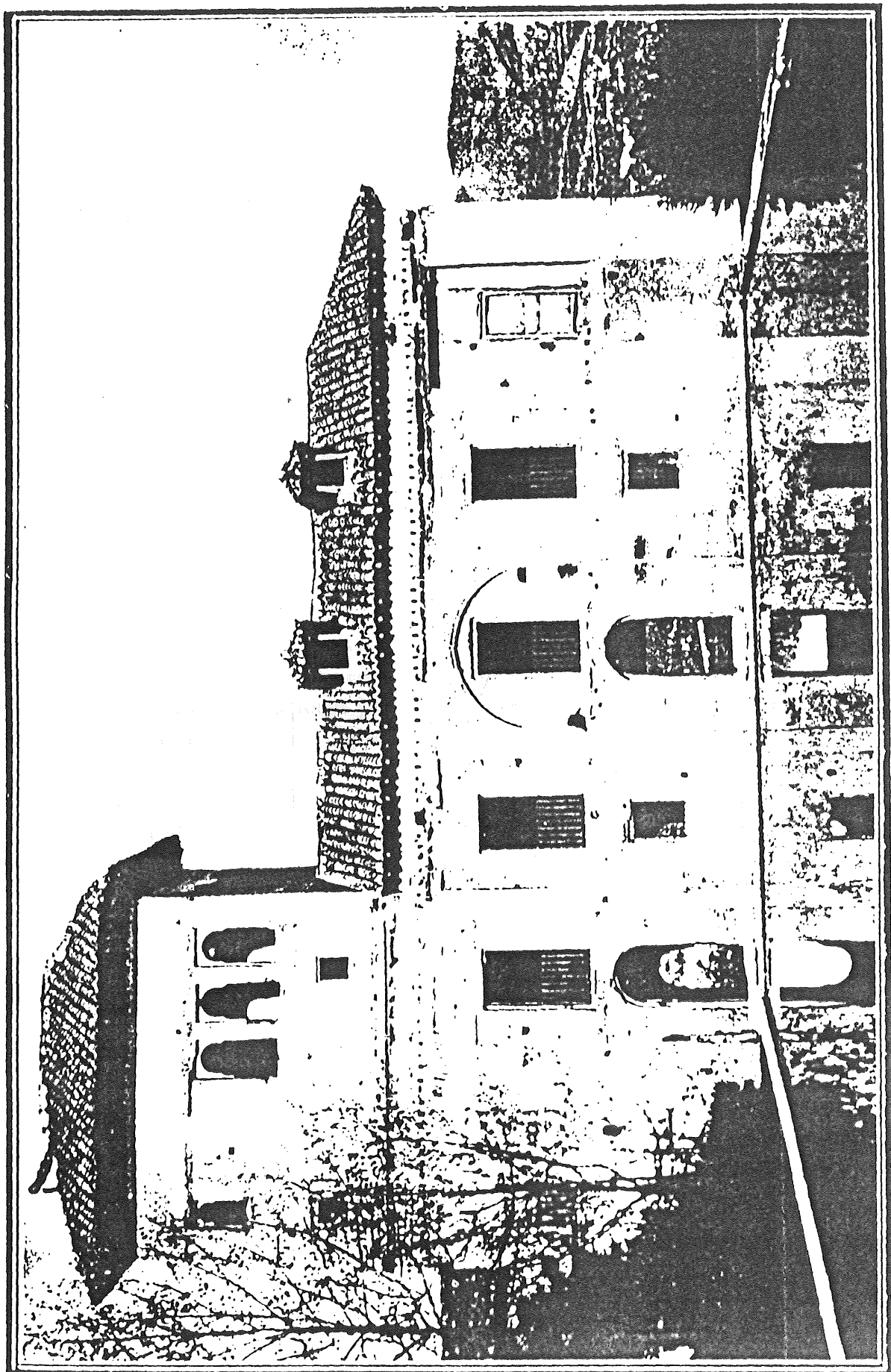
del edificio fueron removidas cien veces. Al examinar cualquier muro se ve cómo en él se combinan las fábricas más heterogéneas; cómo, sustentando las primitivas de tierra rojiza, hay en muchos lugares porciones más modernas; cómo se han sucedido recalzos y remiendos. Cada uno es un muestrario de las más diversas fábricas construídas en todas las épocas, desde el siglo XIV hasta nuestros días. El Archivo con su documentación, en la que constan innumerables reparos en todo tiempo, lo comprueba. Gracias a ese trabajo constante consérvanse hoy en pie edificios tan pobremente construídos.

Hay quienes pretenden restablecer la Alhambra en su disposición medieval. Ello supone remontar el curso de los siglos, ir rehaciendo lo que el tiempo cambió o destruyó, destruir en cambio todo lo por él añadido. Desde la época de Contreras, quien pretendió «restaurar los singulares arabescos..., revelar inscripciones perdidas..., restablecer el monumento, que se hallaba casi hundido, al estado característico de su notable antigüedad» ⁽¹⁾, tal ha sido el deseo de restauradores y conservadores.

La empresa es absurda y totalmente irrealizable, por numerosas razones: imposibilidad absoluta de conocer esa disposición primitiva; obras realizadas en todas las épocas (¿cuál Alhambra hemos de restablecer? ¿La de mediados del siglo XIV? ¿La de los primeros años del XV? ¿La que entregó Boabdil a los Reyes Católicos en 1492?); respeto a las obras posteriores a la Reconquista, algunas de las cuales son de subido valor artístico y pintoresco, formando un conjunto indisoluble con el Palacio árabe; necesidad de destruir casi todos los jardines actuales, entre ellos el de Daraja y el incomparable de los Adarves, y gran parte de la magnífica arboleda de las Alamedas, dejando las faldas de la colina roja convertidas en un erial, como sin duda estuvieron en la época árabe; enorme gasto, producido por el movimiento de varios miles de metros cúbicos de tierra, y reducido valor arqueológico de esa excavación...

Contentémonos con la Alhambra actual, procurando conservarla tal como hoy se encuentra. Si algún osado se atreviese un día a poner mano en los palacios nazaries para tratar de restablecerles en su primitiva disposición, no sería la obra árabe la que al fin contemplaríamos, sino la del restaurador, menos bella seguramente que la actual. Y si para todas las gentes la sugestiva belleza que ahora tienen quedaría notablemente menguada, para el arqueólogo y el historiador del arte el monumento perdería su autenticidad, y por tanto su valor documental. No alcanzamos quiénes serían capaces de gozar de esa Alhambra yerma y completa, como obra recién acabada.

(1) *Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba, o sea la Alcazaba, el Alcázar y la gran Mezquita de Occidente*, por RAFAEL CONTRERAS. Tercera edición, con grabados y planos. Madrid, 1885.



La Torre en 1923

LA ALHAMBRA DE CONTRERAS Y LA ACTUAL. EXCAVACIONES

Entre las ruinas imponentes del Foro romano, entre bajo relieves admirables y restos milenarios de piedra y mármol, Josephin Leclerc, dirigiéndose a Giacomo Boni, su descubridor, añoraba los tiempos en los que los rebaños pastaban en el Foro enterrado: «Un buey blanco de ancha testuz y cuernos muy abiertos rumiaba en el campo desierto; un pastor dormitaba al pie de una alta columna que surgía de entre la hierba. Y se pensaba: Aquí, en este lugar, se decidió la suerte del mundo. Desde que dejó de ser el Campo Vaccino, el Foro desapareció para los poetas y los amantes.» ⁽¹⁾

Hace cuarenta años era también la Alhambra, como el Foro romano antes de las excavaciones de Boni, un lugar de misteriosa poesía. Por todas partes jardines abandonados de melancólica belleza, bajo los cuales la imaginación sospechaba restos maravillosos enterrados; enlucidos y tabiques modernos que parecían ocultar riquezas decorativas más grandes que las que se contemplaban; construcciones recientes que impedían ver importantes restos árabes, y montones enormes de escombros entre los cuales se sospechaba la existencia de espléndidos jarrones, de alicatados brillantes, de piezas de cerámica únicas en el mundo. «Cuando yo niño—ha escrito Melchor de Almagro—era la Alhambra un monumento definitivo y melancólico. Las torres caducas de rojiza entonación, paramentadas de yedra, se destacaban sobre árboles centenarios. Entre las ruinas había graciosos jardines, de traza laberíntica, con escondrijos; bóvedas de umbrosa verdura, glorietas de ciprés que olían a siglos, paseillos bordeados de arrayán o de boj. En el centro de alguna encrucijada borboteaba una fuente verdinosa y resquebrajada, y de vez en cuando un naranjo muy antiguo elevaba al azul sus frutos de oro, como ofrendas.»

«Ennoblecíó el tiempo en su transcurso edificios, ruinas y bosques, patinando aquéllos y haciendo grandes y majestuosos los árboles. Limó las duras aristas de sus torres y almenas, y quitó crudeza y brillantez, dando dulzura a la policromía de sus paredes. La yedra y el jaramago colgaron sus murallas y adornaron muros y torreones, y tuvo la Alhambra la dignidad y el reposo de un viejo prócer venerable y respetado. Sus típicos y *descuidados* jardines y rincones eran sitios amenos, apacibles, evocadores, que hablaban a la imaginación y convidaban al ensueño. Todo en ella tenía un sello de grandeza que fué de placidez y de *cuidado abandono*, que subyugaba, haciéndolo lugar predilecto de meditación y de reposo. La «Alhambra de Contreras» tenía el prestigio del pasado y el encanto y la poesía de los jardines abandonados de Rusiñol. Hoy,

(1) ANATOLE FRANCE, *Sur la pierre blanche*.

por desgracia, han desaparecido sus más bellos y artísticos rincones...» (1)

Lo que los Contreras excavaron fué muy poco. Donde antes hubo construcciones del palacio y casas, crecían a principios de este siglo arrayanes, cipreses, mirtos y bojés. Las gentes paseaban por aquellos lugares de melancólica poesía hollando los restos sepultados de una civilización bajo sus pies.

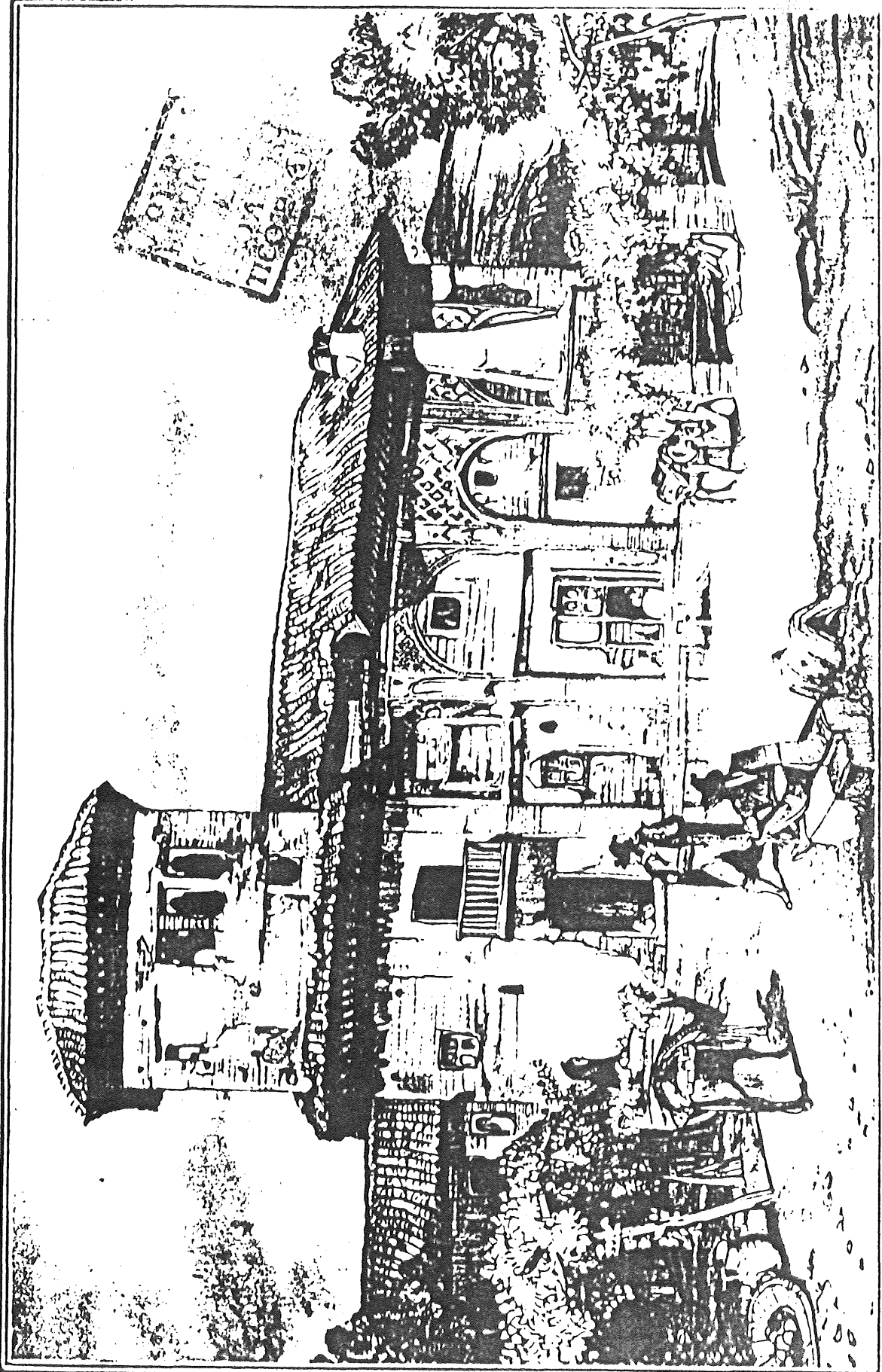
La última etapa de la conservación del monumento fué, sobre todo, la de las excavaciones. Desaparecieron árboles centenarios y viejos jardines, mientras las plazoletas llenábanse de agujeros. No eran columnas de piedra o mármol y relieves magníficos los que aparecían al remover la tierra roja, sino una serie de muros descompuestos de ladrillo y tierra, de solerías destrozadas, de restos de pobres construcciones, con la miseria de estos muros de la Alhambra cuando de ellos se desprende la envoltura decorativa que les recubre. Entre la tierra excavada salían fragmentos de cerámica, de alicatados, pequeños trozos de vidrio, algún raro pedazo de mármol; todo ello se iba guardando en sitio inaccesible al público. Y no sólo los poetas y los amantes, sino todas las gentes que veían aumentar el número de vallados y agujeros, protestaban contra la labor excavadora.

Sin embargo algún día habrá que continuarla, con objeto de completar el estudio de la topografía antigua de la Alhambra, del plano y disposición de sus locales desaparecidos, y buscar tantos restos interesantes como deben estar aún enterrados, testimonios del desarrollo artístico granadino. Pero antes hay una labor urgente de consolidación que realizar en las numerosas partes de la Alhambra que aún se encuentran en estado ruinoso, terminada la cual podrán proseguirse las excavaciones allí donde para hacerlas no haya que destruir un viejo jardín, unos árboles seculares o una obra interesante. Previamente habrá que acondicionar en locales adecuados los numerosos restos procedentes de las excavaciones anteriores, esparcidos hoy en los sitios donde aparecieron y en gran número de depósitos, sin que puedan siquiera examinarse. Convendrá excavar metódicamente, siguiendo un meditado plan y asegurando la conservación de los restos encontrados inmediatamente después de su descubrimiento. Enormemente sugestivo es este trabajo de excavación, de sacar a la luz los restos enterrados hace más de 400 años; pero hay que procurar defenderse de ella habiendo una labor urgente de consolidación que acometer, en la que deben invertirse totalmente recursos y energías.

LA TORRE DE LAS DAMAS

De los trabajos de reparación y consolidación realizados en la Alhambra desde Mayo de 1923, en el Partal, en el patio del Harém, en la antigua entrada a la Casa Real y en la nave de poniente del patio de Comares, los más impor-

(1) J. P. Thumb. De la Alhambra y su conservación («Gaceta del Sur», Granada 16 Mayo 1923).



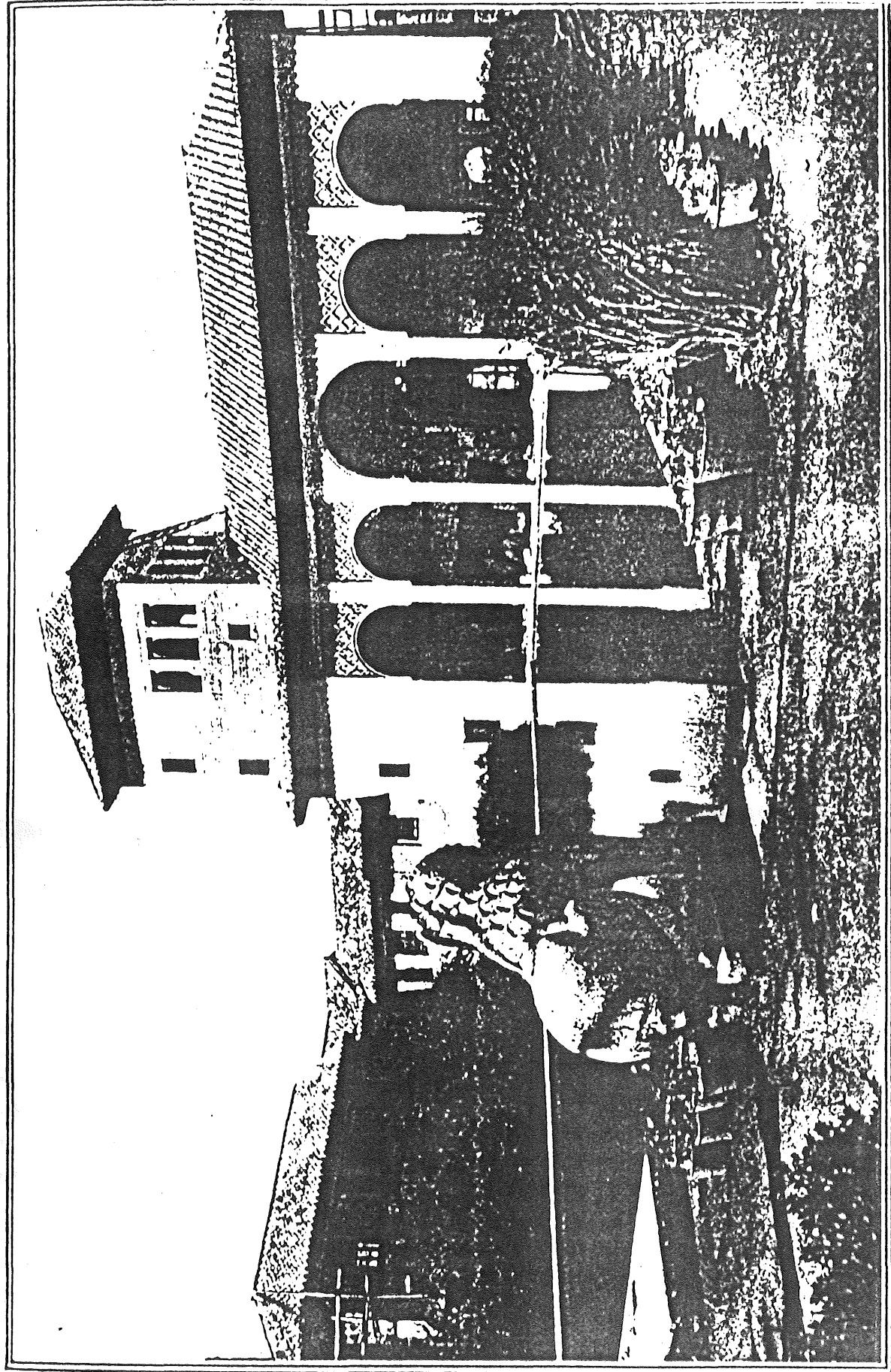
tantes fueron sin duda los primeros, que han hecho variar radicalmente el aspecto de una de las partes más interesantes y desfiguradas de la Alhambra.

No era posible en estos lugares limitarse a una labor puramente de reparación como hubiera sido nuestro deseo. La agregación de partes modernas que ocultaban y desfiguraban otras antiguas, el destrozo enorme de algunas de éstas, nos llevó forzosamente a acometer algunas reconstrucciones que quedan consignadas en un detalladísimo *Diario de obras* que se lleva actualmente en la Alhambra, y en las fotografías de los estados sucesivos de las partes reparadas que en breve comenzarán a instalarse a la vista del público.

Las obras realizadas en el Partal comprenden las de la torre de las Damas, cuarto de las Pinturas y casitas árabes inmediatas (hundidas la de Villoslada y otra en 1917), derribo de la casa más a poniente de éstas y acceso al Partal bajo y jardines. Ocuparse de todas daría proporciones desmesuradas a estas notas, por lo que tan sólo trataremos someramente de la primera.

La Torre de las Damas es el nombre moderno dado al edificio más importante de los del Partal, conocido también con los nombres, durante los dos siglos últimos, de torre de Ismael o del Príncipe y casa de Sánchez. Está situada fuera de la Casa Real, hacia Oriente y sobre la muralla. Compónese de un pórtico que estuvo formado por cinco grandes arcos, una sala cuadrada detrás de él avanzando sobre el bosque y una escalera pegada al pórtico, a poniente, para subir a un mirador que carga en parte sobre aquél. Refléjase el conjunto sobre una gran alberca. Hízose en primer lugar pórtico y torre en fecha que debió ser los primeros años del siglo xiv o los últimos del xiii, juzgando por la semejanza de sus decoraciones en escayola con las recientemente descubiertas en el inmediato Generalife. Poco después agregóse el mirador y la escalera que a él sube. Y, al mismo tiempo, o con escasos años de diferencia, fueron agregándose las casitas árabes a poniente, empezando por la más próxima que es la que contiene el Cuarto de las Pinturas.

Desconocemos las vicisitudes de esta parte de la Alhambra hasta llegar al siglo xix, en cuyos primeros años pasó a poder de particulares. En 1834 aún se conservaba—según testimonia un dibujo de Lewis—en regular estado al exterior, subsistiendo gran parte del alero del pórtico y restos considerables de los arcos de fachada, aunque tapiados estos y casi totalmente rellena de tierra la alberca. Pocos años después debió hacerse una reforma radical en la que desaparecieron los arcos laterales, el alero del pórtico y se reformaron las armaduras, rompiendo las cubiertas con bohardillas. En 1879 poseía la torre de las Damas el barítono Landa; en 1886 fué adquirida por el súbdito alemán Arturo Gwinner, quien la cedió al Estado español en 1891, no sin antes llevarse el techo árabe del mirador a su casa de Berlín.



La Torre de las Damas en la actualidad

Todas estas vicisitudes hicieron llegar el edificio a nuestros días en deplorable estado de conservación, sin considerable porción de los elementos árabes que aún vemos en el dibujo de 1834, cortados pórtico y torre por un piso de habitaciones para construir el cual se destruyeron gran parte de las decoraciones de escayola y bastantes arcos. Abriéronse huecos por todos lados, mutilando los antiguos, voláronse retretes rompiendo los muros, pintáronse de colores chillones los techos árabes y las paredes cubriéronse de cal y papeles pintados. Gwinner comenzó a descubrir su ornamentación. Ya en este siglo Cendoya consolidó los muros de la torre, quitando algún pegadizo, acabando de descubrir las labores antiguas y restableciendo la alberca.

Con la valiosa ayuda del maestro de obras de la Alhambra D. Gabriel Sánchez realizáronse en los últimos meses importantes trabajos de reparación que permiten hoy gozar de esa parte de la Alhambra. Se procuró hacerlo con el máximo respeto a la obra árabe, sin añadir nada que algún día pudiera motivar dudas o confusiones. Los arcos desaparecidos en la fachada rehiciéronse en tal forma que, dando la ilusión de la disposición que un día tuvieron, percíbese bien son obra moderna. Donde faltaba ornamentación recubrióse el muro con un revestido liso teñido de color que armonizase con el resto. El pavimento del pórtico sí hubo que hacerle nuevo, colocando viejas losas de mármol blanco, como sin duda tuvo, en sustitución de la descompuesta solería de barro con que llegó a nuestros días.

Las fotografías que se acompañan reproducen las tres fases modernas de la torre de las Damas: 1834, 1920 y 1924. Ellas dan idea también de cómo los edificios van transformándose al correr del tiempo.

ENVÍO

Para los que amamos la Alhambra, para los que a ella hemos consagrado parte de nuestro entusiasmo y nuestra actividad, para los que hemos interrogado febrilmente muchos de sus secretos y fuimos viviendo con el monumento a compás de nuestra propia vida, el porvenir será siempre un motivo de inquietud. Las gentes que el día de mañana estén al frente de la conservación del palacio nazarita, tendrán este criterio de respeto a las obras del pasado y a la acción insustituible del tiempo, que es hoy—y creemos que será siempre—patrimonio de todos los espíritus cultos? En pocas semanas se puede destruir una lenta obra secular: rehacer yeserías, transformar cubiertas, talar jardines, falsear obras medievales. Para evitarlo debe haber en Granada un centinela constantemente vuelto hacia la Alhambra, atento al menor golpe de espiocha que en ella se dé. Quisiéramos que el Centro Artístico fuera foco desde el cual irradiaran estas ideas de respeto y amor por el monumento granadino, que deberían irse transmitiendo de generación en generación como principios fijos, inmutables.

Como en la leyenda del astrólogo árabe Ibrahim Eben Abn Ajib, contada por Washington Irving, debería haber siempre en la parte más alta de la casa del Centro Artístico una figura de bronce representando un moro a caballo, con escudo al brazo y lanza en ristre que, cuando alguien fuese a desfigurar parte de los palacios nazaríes blandiese el arma con ademán de acometer, señalando a los granadinos que aman estos viejos muros de la Alhambra el peligro próximo.

LEOPOLDO TORRES BALBAS.

